



ACADEMIA FRANCESA

1841 A 1844

DISCURSO DE RECEPCION.

2 Junio 1841. (1)

Señores:



PRINCIPIOS de este siglo, Francia ofrecia un magnífico espectáculo á las naciones. La llenaba entonces un hombre que la engrandeció tanto, que la hizo resplandecer en Europa. Este hombre, salido de la nada, hijo de un pobre hidalgo corso, producto de dos Repúblicas, de la de Florencia por su familia y de la francesa por él mismo, llegó en pocos años á la mayor altura real que jamás quizás asombró á la historia. Era príncipe por el génio, por el destino y por sus actos; todo en él indicaba que era el poseedor legítimo de un poder providencial. Reunia las tres condiciones supremas: el acontecimiento extraordinario, la aclamacion y la consagracion; una revolucion le dió á luz, un pueblo le eligió y un Papa le coronó. Los reyes y generales, marcados tambien por la fatalidad, reconocieron en él, con el instinto de su

sombrio y misterioso porvenir, al elegido del destino. Era el hombre al que Alejandro de Rusia, que debia perecer en Taganrog, habia dicho: *Sois el predestinado del cielo*; al que Kléber, que debia morir en Egipto, habia dicho: *Sois grande como el mundo*; al que Desaix, caido en Marengo, habia dicho: *Yo soy el soldado y vos el general*; al que Valhubert, espirando en Austerlitz, habia dicho: *Yo voy á morir y vos á reinar*. Su fama militar era inmensa y sus conquistas fueron colosales.

Cada año ensanchaba las fronteras de su imperio hasta los límites majestuosos y necesarios que Dios tiene señalados á Francia. Borró los Alpes como Carlomagno y los Pirineos como Luis XIV; pasó el Rhin como César, y le faltó franquear la Mancha, como Guillermo el Conquistador. Reinando este hombre, Francia tenia ciento treinta departamentos; por un lado tocaba las bocas de Elba y por otro llegaba hasta el Tíber; era el soberano de cuarenta y cuatro millones de franceses y protector de cien millones de europeos. En la demarcacion atrevida de sus fronteras habia empleado como materiales dos grandes ducados soberanos, Saboya y Toscana, y cinco antiguas Repúblicas, Ginebra, los Estados Romanos, los Estados Venecianos, el Valois y las Provincias Unidas.

(1) M. Victor Hugo fué nombrado miembro de la Academia francesa, por 18 votos contra 16, el 7 de Enero de 1841, y tomó posesion el 2 de junio.

Construyó un Estado en el centro de Europa, como una ciudadela, dándole por baluartes y por murallas diez monarquías, que incorporó á su imperio, en cuyos tronos colocó á individuos de su familia. Todos sus primos y hermanos que habian jugueteado en su casa natal de Ajaccio fueron coronados. Casó á su hijo adoptivo con una princesa de Babiera y á su hermano menor con una princesa de Wurtemberg. Despues de escamotear á Austria el imperio de Alemania, que más tarde se lo arrogó con el nombre de Confederacion del Rhin; despues de tomar el Tirol para unirlo á Babiera y la Iliria para incorporarla á Francia, se dignó casarse con una archiduquesa. Todo en él era inmenso, espléndido. Representaba en Europa el papel de una vision extraordinaria. Un dia apareció rodeado de catorce soberanos, consagrados y coronados, sentado entre el César y el czar, en un sillón más elevado que todos. Un dia ofreció á Talma el espectáculo de un plantel de reyes. Estando aun en la alborada de su pujanza, tuvo el capricho de dar la mano á un Borbon en un rincon de Italia y de engrandecerlo á su modo; de Luis, duque de Parma, hizo un rey de Etruria. En la misma época aprovechó una tregua, impuesta por su influencia y por las armas, para conseguir que los reyes de la Gran-Bretaña renunciaran al título de *reyes de Francia*, que habian usurpado hacia cuatrocientos años, título que no han vuelto á ostentar. La revolucion habia borrado las flores de lis del escudo de Francia y él las borraba del blason de Inglaterra, encontrando así el medio de honrar lo que la revolucion creia bochornoso. Por un decreto imperial dividió á Prusia en cuatro departamentos, puso á las islas británicas en estado de bloqueo, declaró á Amsterdam tercera ciudad del imperio. Roma era la segunda, y demostró al mundo que la casa de Braganza habia cesado de reinar. Cuando pasó el Rhin, los electores de Alemania, aquellos hombres que habian hecho emperadores, lo recibieron en las fronteras con la esperanza de que los haria reyes.

El antiguo reinado de Gustavo Wasa carecia de heredero y le pidió á uno de sus mariscales para principe. El sucesor de Carlos V, el último nieto de Luis XIV, el rey de las Españas y de las Indias, le pedía por mujer una de sus hermanas. Era comprendido, temido y adorado por sus soldados, viejos granaderos familiari-

zados con su emperador y con la muerte. Al dia siguiente de una batalla sostenia largos diálogos con ellos, en los que se comentaban las grandes acciones que transformaban la historia en epopeya. En su poder como en su majestad habia algo de inocente, de brusco y de formidable. No tenia, como los emperadores de Oriente, al dux de Venecia por copero mayor, ni como los emperadores de Alemania al duque de Babiera por escudero mayor; pero llegó á imponer arrestos al rey que mandaba su caballería.

En tiempo de paz, ó mejor dicho, de tregua, abria canales, dotaba de carreteras, edificaba teatros, enriquecia las academias, favorecia los descubrimientos, fundaba monumentos grandiosos, ó bien redactaba códigos en un salon de las Tullerías; discutia con sus consejeros de Estado sobre tal ó cual interpretacion de la ley, sobre el procedimiento rutinario, y todo esto con la razon suprema é ingénua del génio. En una palabra, y para terminar los rasgos de este hombre singular y glorioso, diremos que se elevó tanto en el terreno de la historia, que podia decir y decia: "*Mi antecesor el emperador Carlo-Magno*", y por sus alianzas con las monarquías, tanto se habia encarnado en ellas, que decia y podia decir: "*Mi tio el rey Luis XVI*".

Señores, aquel hombre era un prodigio; su buena estrella todo lo superaba. Como ya he dicho, los más ilustres príncipes solicitaban su amistad, las más antiguas familias reales buscaban su alianza y la nobleza antiquísima aspiraba á servirle.

No habia cabeza, por orgullosa y altiva que fuese, que no se inclinara ante aquella frente, en la que Dios colocó dos coronas: una de oro, la dignidad real, y otra de luz, el génio. Toda Europa se inclinaba ante Napoleon, toda, excepto seis poetas. Señores—permitidme que lo diga con orgullo en este recinto,—excepto seis pensadores, que permanecieron solos de pié ante el universo arrodillado, y cuyos nombres gloriosos me apresuro á pronunciar; fueron estos: DUCIS, DELILLE, MADAME DE STAEL, BENJAMIN CONSTANT, CHATEAUBRIAND y LEMERCIER.

Qué significaba esta oposicion? En medio de aquella Francia victoriosa, fuerte, colosal, que ostentaba el imperio, la dominacion y el esplendor; en medio de aquella Europa maravillada y vencida que, convertida en francesa, participaba del brillo de Francia, ¿qué representaban aquellas seis inteligencias rebelándose

contra un génio, aquellas seis celebridades indignadas con la gloria, aquellos seis poetas irritados contra un héroe? Señores, representaban en Europa la única cosa que no tenia entonces; le faltaba la independencia: representaban en Francia lo que no habia; la libertad.

No es mi ánimo vituperar á los que rodeaban entonces al dueño del mundo, aclamándole y aplaudiéndole. Aquel hombre fué el sol de una nacion despues de haber sido su estrella, y es fácil deslumbrarse inconscientemente.

Era más difícil tal vez de lo que se cree, para el individuo que Napoleon queria ganar, defenderse contra el avasallador irresistible, que poseia el arte de subyugar á los pueblos y de seducir á los individuos. ¿Quién soy yo, por otra parte, señores, para arrogarme el derecho de la suprema critica? Qué títulos ostento? ¿No necesito, por el contrario, benevolencia é indulgencia al ingresar en vuestra ilustre compañía, conmovido, como estoy, por muchas emociones, orgulloso de los votos que me han aclamado, feliz por las simpatías que me acogen, turbado ante este auditorio tan imponente, y triste por la irreparable pérdida de la que no puedo consolaros conturbado; en fin, por mi pequeñez en este sitio venerable, en el que resplandecen á la vez con su doble brillo augustos muertos é ilustres vivos? Y para decir todo mi pensamiento, reconoceré en las generaciones jóvenes el derecho de acriminar con rigor á nuestros antepasados. ¿El que no ha luchado, tiene el derecho de juzgar? Debemos recordar que entonces aun éramos niños, que la vida era ligera y casi desconocida para nosotros, mientras era ya grave y laboriosa para los demás. Hemos llegado detrás de nuestros padres; respetemos su cansancio y aprovechemos las grandes ideas que han luchado y las cosas que han prevalecido. Seamos justos para todos, para los que aceptaron al emperador por dueño y para los que le aceptaron como adversario. Comprenderemos el entusiasmo y honremos la resistencia; las dos manifestaciones fueron legítimas.

Por lo tanto, lo repito, señores, la resistencia no solo fué legítima, sino gloriosa.

Esta oposicion afligia al emperador. El hombre que, como dijo más tarde en Santa Elena, *hubiera hecho á Pascal senador y á Corneille ministro*, poseia demasiada grandeza para no comprender la grandeza de los demás. Un espíritu vulgar, fun-

cionado en su poderío, hubiese despreciado tal vez aquella rebelion del talento; á Napoleon le preocupaba. Conocia mucho la historia para no sentir inquietudes por sus enseñanzas, y era bastante poético para que no le inquietasen los poetas. Debemos confesar y reconocer que era un verdadero principe el joven subterfugio de artillería que ganó á la República francesa la batalla del 18 Brumario y á las antiguas monarquías europeas la batalla de Austerlitz.

Era un sér favorecido por la fortuna, victorioso y amante de las letras. Tenia todos los gustos é instintos del trono, de otra manera que Luis XIV, pero tanto como él. Habia algo del gran rey en aquel gran emperador.

Aliar la literatura á su cetro era una de sus primeras ambiciones. No le satisfacía haber acallado las pasiones populares, deseaba someter á Benjamin Constant; no le bastaba haber destrozado treinta ejércitos, deseaba vencer á Lemerrier; no se contentaba con sus diez reinos conquistados, anhelaba conquistar á Chateaubriand.

No es extraño, pues, señores, que al juzgar al primer cónsul ó al emperador segun sus simpatías particulares, cada uno de esos hombres haga resaltar las circunstancias raras, generosas é ilustres de Napoleon; pero segun ellos, su política empañaba el brillo de sus victorias, de tal suerte, que el manto del héroe ocultaba al tirano. Scipion se confundia con Cromwell, y una parte de su vida protestaba amargamente de la otra. Bonaparte ordenó que las banderas de su ejército se enlutasen por la muerte de Washington, pero él no imitó á este grande hombre; nombró á La Tour d'Auvergne primer granadero de la República, pero más tarde abolió la República; habilitó para sepulcro del gran Turena la cúpula de los Inválidos, pero dió por tumba al descendiente del gran Condé el foso de Vincennes.

A pesar de la altiva, pero franca, actitud de los poetas, el emperador no vaciló y puso en juego mil medios para atraérselos. Hizoles grandes ofrecimientos, pero no los admitieron; embajadas, pingües subvenciones, los más honrosos grados de la Legion de Honor, el Senado, etc. etc.

Despues de las caricias y halagos vinieron las persecuciones. Nadie cedió, y gracias á aquellos seis talentos, gracias á aquellos seis caracteres, bajo el imperio que suprimió tantas libertades, que

humilló tantas coronas, la dignidad real del libre pensamiento se mantuvo incólume.

No solo, señores, realizaron esto, sino que su proceder prestó un servicio á la humanidad, porque al combatir el despotismo protestaban de las guerras; y para que no se me tenga por sospechoso, diré que soy de los que piensan que la guerra es buena en algunas ocasiones.

Desde el punto de vista en que la historia aparece como un solo hecho y la filosofía como una sola idea, las batallas no son más que heridas hechas al género humano, como los surcos son heridas que se hacen á la tierra. Pasados cinco mil años, todas las cosechas desaparecen bajo los surcos del arado y todas las civilizaciones por medio de la guerra. Pero cuando la guerra es dominadora, cuando transforma el estado normal de una nación, cuando pasa al estado crónico, por decirlo así; cuando se empeñan, por ejemplo, trece guerras en catorce años, entonces, señores, por magníficos que sean los resultados ulteriores, llega un momento en que la humanidad sufre. La parte delicada de las costumbres se gasta y mengua con el tratamiento de las ideas brutales; el sable se convierte en el único instrumento de la humanidad; la fuerza se forja un derecho para ella; los esplendores divinos de la buena fé, que debe alumbrar siempre á las naciones, se eclipsan frecuentemente en la sombra donde se elaboran los tratados y las reparticiones de los reinos; el comercio, la industria, el desarrollo radiante de las inteligencias y la actividad pacífica desaparecen; la sociabilidad humana está en peligro.

En aquellos momentos, señores, se nota que imponente reclamación se levanta, y es moral que la inteligencia proteste de la fuerza, y sin arredrarse por su pujanza y su victoria, que los pensadores se la reprochen á los héroes; y que los poetas, que son civilizadores tranquilos, pacientes y apacibles, protesten contra los conquistadores, que son civilizadores violentos.

Entre aquellos ilustres protestantes habia un hombre á quien Napoleon apreciaba afectuosamente, y al que hubiese podido decir: *Tu quoque!*

Este hombre, señores, era Mr. Lemercier, naturaleza proba, reservada y sóbria; inteligencia recta y lógica, imaginación exacta y, por decirlo así, algebraica hasta en sus fantasías; noble por nacimiento, y que no admitia otra aris-

tocracia que la del talento; rico por herencia, y que poseia el arte de ser noblemente pobre; modesto, pero con modestia altiva; dulce, mas con la dulzura que tenia mucho de obstinación, de pasividad; austero en las cosas públicas, difícil de atraer, y que ofuscaba lo que deslumbraba á los demás; Mr. Lemercier, y este es detalle notable en un hombre que se habia dedicado á las teorías, M. Lemercier formaba su opinion política sobre los hechos, que él veia á su manera. Era uno de esos espíritus que prestan más atención á las causas que á los efectos, y que critican la planta por la raíz y al río por el cauce. Sombrio y siempre dispuesto á rebelarse, lleno de ira secreta contra todo lo que fuese dominación, mostraba empeño decidido en ser partidario de los anteriores acontecimientos. En 1789 era realista, ó como entonces decian, *monárquico* de 1785; el 93 se convirtió, él mismo lo confiesa, en liberal del 89; en 1804, en el momento en que Bonaparte estaba ya predispuesto para el imperio, Lemercier sentia predisposiciones para la república.

Como habeis visto, señores, su opinion política, desdeñosa, que él calificaba de capricho del día, se ajustaba siempre á las modas del año pasado.

Me permitireis que diga algunos detalles acerca del centro donde pasó la juventud Lemercier. Solo explorando los principios de una existencia se puede conocer á fondo la formación de un carácter. Además, cuando tratamos de conocer á fondo los hombres que propagan las ideas y la luz, debemos ocuparnos tanto de su génio como de su carácter: el primero es la llama exterior y el segundo la lámpara interior.

En 1793, en el apogeo del terror, M. Lemercier, jóven aun, seguia con asiduidad notable las sesiones de la Convención nacional. Era este, señores, objeto de contemplación lúgubre y sombría, pero sublime. Seamos justos; hoy lo podemos ser sin peligro: seamos justos con los acontecimientos augustos y terribles por que ha pasado la civilización humana y que ya no volverán. Creo que, por voluntad de la Providencia, Francia tiene siempre en su pensamiento algo grande. En la época de los antiguos reyes su pensamiento era un príncipe; en el imperio fué un hombre; durante la revolución una Asamblea. Asamblea que destruyó el trono y salvó al país; que tuvo un duelo con la dignidad real, como Cromwell, y otro con el universo,

como Anibal; que tuvo al mismo tiempo el génio de todo un pueblo y el génio de un solo hombre; en una palabra, que hizo prodigios, pero que cometió atentados que podemos detestar y maldecir, pero que debemos admirar.

Reconozcámoslo, sin embargo; en aquel tiempo se notó en Francia una disminución en el estado moral, y por consecuencia una disminución en el estado intelectual. Esta especie de semioscuridad ó penumbra, parecida á un crepúsculo que aparece en determinadas épocas, es necesaria para que la Providencia pueda, en interés del género humano, imprimir en las viejas sociedades las huellas de los hechos, que, si ejecutasen los hombres, constituirian crímenes, pero que, procediendo de Dios, se llaman revoluciones.

Esa semioscuridad la produce la proyección de la mano del Todopoderoso cuando se extiende sobre un pueblo.

Como lo indiqué hace poco, el 93 no era la época de las grandes individualidades á las que su génio aisla. Parece que en aquellos momentos la Providencia, encontrando pequeño al hombre para realizar sus designios, lo relega á un papel secundario y entra ella misma en la vasta escena. En efecto, en el 93, de los tres gigantes que hicieron de la Revolución francesa un hecho social, un hecho geográfico y un hecho europeo, no existia ninguno. Uno de ellos, Mirabeau, habia muerto; otro, Sieyes, desapareció en el eclipse; *consiguió vivir*, como él mismo dijo más tarde, y el tercero, Napoleon Bonaparte, no habia nacido aun para la historia.

Sieyes desapareció en la oscuridad, y exceptuando á Danton, no habia en la Convención hombres de primera fila ni inteligencias capitales; pero sí que habia grandes pasiones, grandes luchas, grandes relámpagos y grandes fantasmas.

Esto era suficiente para deslumbrar al pueblo, formidable espectador inclinado sobre la fatal Asamblea. Añadamos que en aquella época, en la que cada día era una jornada, los sucesos marchaban tan de prisa, Europa y Francia, Paris y la frontera, el campo de batalla y la plaza pública tenian tantas aventuras, se desenvolvía todo con tal rapidez, que en la tribuna de la Convención nacional los acontecimientos crecian, por decirlo así, ante el orador, á medida que hablaba, y éste, sintiéndose poseído del vértigo, participaba de las grandes luchas. Y después, como Paris, Francia y la Convención

movíanse en aquella claridad crepuscular de fines del siglo, que envolvía en densas sombras á los hombres pequeños, prestando contornos indefinidos y gigantes á las más ruines figuras, y hasta en la historia derrama sobre aquella prepotente Asamblea algo de siniestro y de sobrenatural.

Estas monstruosas reuniones de hombres muchas veces han fascinado á los poetas como la serpiente fascina al pajarillo. El *Long Parlement* absorbió á Milton y la Convención atrajo á Lemercier. Los dos han brillado más tarde en una sombría epopeya que tiene una vaga reverberación de aquellos dos *pandemonium*. Se siente á Cromwell en *El Paraíso perdido* y al 93 en la *Panhy pocrisiade*. La Convención para el jóven Lemercier era la revolución convertida en objetivo, que e podia abarcar completamente su mirada. Todos los días concurría á la Convención para, como él dice admirablemente, *poner las leyes fuera de la ley*. Todas las mañanas llegaba antes de abrirse la sesión, se sentaba en la tribuna pública entre aquellas mujeres extrañas, que mezclaban no sé qué trabajos domésticos con los más terribles espectáculos, y á las que la historia conservará su feo apodo de *medieras* (tricotenses). Estas le conocian y le esperaban, reservándole su asiento. Solo habia en su juventud, en el desorden de su traje, en su azorada atención, en su ansiedad durante las discusiones, en la profunda fijeza de su mirada y en las palabras entrecortadas que se le escapaban algunas veces, algo tan inexplicable para ellas, que le creian privado de razón. Un día que llegó más tarde de lo que acostumbraba, oyó que una de aquellas mujeres decia á otra: "*No te pongas ahí; ese es el sitio del idiota.*"

Cuatro años más tarde, en 1797, aquel idiota daba á Francia el *Agamenon*.

¿Por ventura aquella Asamblea haria concebir al poeta esta tragedia? ¿Hay algo de comun entre Egisto y Danton, entre Argos y Paris, entre la barbarie homérica y la desmoralización volterriana? ¿Es extraña idea dar por espejo á los atentados de una civilización decrepita y corrompida los crímenes naturales y sencillos de una época primitiva; hacer vagar, por decirlo así, á pocos pasos de los cadalsos de la Revolución francesa los espectros grandiosos de la tragedia griega, y confrontar el regicidio moderno, como lo comprenden las pasiones populares, con el regicidio antiguo, como lo sentian las pasiones domésticas!

Lo confieso, señores: investigando aquella notable época del talento de M. Lemercier, entre las discusiones de la Convencion y las disputas de Atridas, entre lo que él veía y lo que esperaba, traté de encontrar con frecuencia relacion y encontré armonía. Porque ¿por qué misteriosas evoluciones del pensamiento *Agamenon* nació entonces? Este es uno de esos insondables caprichos de la inspiracion cuyo secreto solo poseen los poetas. Sea lo que sea, *Agamenon* es un monumento, una de las más bellas tragedias de nuestro teatro, sin que nadie lo contradiga, por el horror y la compasion que causa, por lo sencillo del elemento tragico y la gravedad austera del estilo. Este severo poema tiene verdaderamente el perfil griego. Se nos aparece, al estudiarlo, la época en que David iluminó los bajo-relieves de Atenas, y Talma les dió voz, palabra y movimiento. Se siente, más que á la época, al hombre, adivinándose que el poeta padecía escribiéndolo.

En efecto, melancolía profunda, unida á una especie de terror algo revolucionario, predomina en toda la obra. Examinada—lo merece, señores;—observad el conjunto y los detalles. *Agamenon* y *Strophus*, la galera que aborda el puerto, las aclamaciones del pueblo, el tuteamiento heroico de los reyes. Fijaos sobre todo en *Clytemnestra*, la macilenta y ensangrentada figura, la adúltera convertida en parricida, mirando á su alrededor, viendo sin comprender y sin horrorizarse á la cautiva *Cassandra* y al infantil *Orestes*, dos seres débiles en la apariencia y realmente formidables.

El porvenir habla en uno y vive en el otro. *Cassandra* es la amenaza bajo la forma de una esclava; *Orestes* el castigo oculto bajo las facciones de un niño.

Como ya he dicho, en la edad en que aun ni se sufre ni se sueña, M. Lemercier sufrió y creó.

Tratando de formar su pensamiento, aguijoneado por la profunda curiosidad que atrae á las almas de temple hácia los espectáculos imponentes, se aproximó cuanto pudo á la Convencion, es decir, á la revolucion. Se inclinó hácia el horno en que la estatua del porvenir hervía aun, y vió llamear y rugir como la lava en el cráter los grandes principios revolucionarios, el bronce que forman hoy todas las bases de nuestras ideas, de nuestras libertades y de nuestras leyes. La civilizacion futura era entonces el secreto de la Providencia, y

M. Lemercier no intentó adivinarlo. Limitóse á recibir en silencio, con resignacion estóica, las consecuencias de todas las calamidades. Fenómeno digno de atencion y sobre el cual no puedo menos de insistir: tan jóven, tan desconocido, tan desapercibido durante el Terror, miraba los acontecimientos atravesar la calle conducidos por los verdugos, y fué herido en sus más sensibles afecciones por las catástrofes públicas. Adicto y casi servidor personal de Luis XVI, vió pasar el coche del 21 de Enero; ahijado de madame de Lamballe, vió pasar la pica del 2 de Setiembre; amigo de Andrés Chenier, vió pasar la carreta del 7 Termidor. A los veinte años habia presenciado las decapitaciones de los tres seres más sagrados para él, despues de sus padres, de las tres entidades más grandiosas del mundo: la dignidad real, la belleza y el génio.

Cuando reciben tales sensaciones las almas tiernas y débiles, quedan tristes para toda la vida; pero las almas fuertes y elevadas permanecen serias y graves. Lemercier aceptó la vida con gravedad.

El 9 Termidor abrió para Francia una era nueva, que es la segunda parte de toda revolucion. Despues de ver la disolucion de la sociedad, Lemercier presencié su reforma.

Hizo entonces vida mundana y literaria. Estudió y participó, sonriendo alguna vez, de las costumbres de la época del Directorio, que es respecto á Robespierre lo que la Regencia fué respecto á Luis XIV; el tumulto alegre de una nacion inteligente librada del tedio ó del miedo; el espíritu, la alegría y la licencia protestando en una orgia contra la tristeza de un despotismo devoto y contra la brutalidad de una tiranía puritana.

M. Lemercier, célebre entonces por el éxito de *Agamenon*, se reunió con lo más selecto de los hombres de aquel tiempo, que tambien buscaban su amistad. Conoció á Ecouchard-Lebrum en casa de Denis, como habia conocido á Andrés Chenier en casa de madame Pourat. Lebrum le queria tanto que jamás escribió un epigrama contra él. El duque de Fitz-James y el príncipe de Talleyrand, madame de Lameth y Mr. de Florian, la duquesa de Aiguillon y madame Tallieu, Bernardino de Saint-Pierre y madame Stáel, le estimaban y recibian en sus casas. Beaumarchais quiso ser su editor, como veinte años más tarde Dupuytren deseó ser su profesor.

Colocado á una gran altura, no descendia á los exclusivismos de los partidos, siendo al mismo tiempo amigo de David, que juzgó al rey, y de Delille, que le lloró.

Así es que de aquel tiempo, de aquel trato de personas tan opuestas y de tan diversas naturalezas, de la contemplacion de las costumbres y observacion de los individuos, nacieron y se desarrollaron en Lemercier, para hacer frente á todas las exigencias de la vida, dos hombres, dos hombres libres, uno político independiente y otro literato original.

Antes de esta época habia conocido al oficial afortunado que debia suceder más tarde al Directorio. La vida de ambos se deslizó algunos años del mismo modo en la oscuridad; uno estaba arruinado y el otro pobre; se le reprochaba á uno su primera tragedia, que era un ensayo de colegial, y al otro su primera accion, que fué una hazaña de jacobino. Su fama empezó al mismo tiempo, y por un apodo llamaron á uno *M. Mercier Meleagre*, en el mismo instante en que llamaban al otro *el general Vendemiaire*. ¡Extraña ley de Francia es que el ridículo caiga un momento sobre todos los hombres superiores! Cuando madame Beauharnais pensó casarse con el protegido de Barras, consultó con Lemercier sobre este casamiento desigual. Lemercier, que se interesaba por el jóven artillero de Tolon, se lo aconsejó. Despues los dos, el hombre de las letras y el hombre de la guerra, se engrandecieron igualmente; consiguieron al mismo tiempo sus primeras victorias.

Lemercier hizo representar *Agamenon* en el año de Arcode y de Lodi y el *Pinto* en el año de Marengo. El salon de la calle Chantierine escuchó á Lemercier leer su tragedia egipcia de *Ophis*, en el que el general en jefe del ejército de Egipto, Kléber, y Desaix, escuchaban tambien desde un ángulo de la sala. Bajo el Consulado esta union fué estrechada por la amistad: en la Malmaison, el primer cónsul, con esa alegría infantil propia de los verdaderos grandes hombres, entraba bruscamente durante la noche en la habitacion donde velaba el poeta, y se divertía apagándole la bujía y se escapaba riendo. Josefina confió á Lemercier su proyectado matrimonio y el primer cónsul le participó su proyecto de imperio. Este dia conoció Lemercier que perdía un amigo, porque no queria prestar vasallaje á ningun señor; no se renuncia fácilmente la expansiva igual-

dad. Lemercier retardó cuanto pudo la terminacion de su amistosa confianza con el primer cónsul, tanto, que puede decirse que fué el último que tuteó á Napoleón, puesto que el 14 Floreal, año XII, el mismo dia en que el Senado daba por primera vez al elegido por la nacion el tratamiento imperial, *Sire*, Lemercier, en una carta memorable, le llamaba familiarmente *Bonaparte*.

Esta amistad, que les honraba mutuamente, más tarde se convirtió en lucha; en ella fueron uno digno del otro. Lemercier poseia preclaro y hermoso talento. Hoy mejor que nunca puede decirse; hoy que su obra se halla terminada, hoy que el monumento levantado por su espíritu lo ha coronado esa misteriosa piedra que la mano de Dios coloca siempre sobre todos los trabajos del hombre.

No esperéis, señores, que examine detenidamente aquella obra inmensa y compleja que, como la de Voltaire, lo abraza todo; la oda, la epístola, el apólogo, la cancion, la parodia, la novela, el drama, la historia, el folleto, la prosa y el verso, lo original y el plagio, la enseñanza política, la filosófica y la literaria; enorme monton de libros y folletos, entre los que se cuentan diez poemas, doce comedias y catorce tragedias magistrales; rica y fantástica arquitectura, unas veces sombría y otras radiante, sobre los arcos de la cual aparecen extrañamente mezclados con claro-oscuro todas las figuras imponentes de la fábula, de la Biblia y de la historia; Atrida, Ismael, el levita Efraim, Licurgo, Camilo, Clovis, Carlo-Magno, Baudouin, San Luis, Carlos VI, Ricardo III, Richelieu, Bonaparte, dominados todos por cuatro simbólicos colosos esculpidos al frente del monumento: Moisés, Alejandro, Homero y Newton, es decir, la legislacion, la guerra, la poesía y la ciencia; grupo de figuras que el poeta sentía en su alma y que ha introducido en nuestra literatura con singular grandeza.

Despues de haber delineado la silueta de las obras de Lemercier, permitidme señale algunas de sus notas características é ingeniosas: encontramos en él la comedia de la revolucion portuguesa, viva, espiritual, irónica y profunda; su *Plauto*, que difiere de *Harpagon* de Molière en que, como lo dijo ingeniosamente el mismo autor, *el protagonista de Molière es un avaro que pierde su tesoro, y mi protagonista es Plauto, que encuentra á un avaro*; su *Cristóbal Colon*, en el que la